# BERNSTEIN TRATA EN SU ULTIMA OBRA EL PROBLEMA DE LOS DESTERRADOS

20 Febrero 1940

De nuestro corresponsal permanente en París, CARLOS ESPLA

*PARIS, febrero. (Por avión. Para NOTICIAS GRAFICAS). — Henry Bernstein es el primer autor francés que ha afrontado en la escena la prueba del teatro de guerra; esto es, ha establecido el paralelo teatral de los dramas de los hombres y de la tragedia de los pueblos. La nueva obra de Bernstein "Elvire", está limpia de ambiente heroico. La guerra pesa tan sólo sobre ella como una amenaza, pero los dramas que la preparación dominan ya los actos y las palabras de sus personajes del tiempo de paz. El estilo teatral de Bernstein autoriza a pensar que sus escenas cortadas, el zig-zag de los actos, la falta de contornos generales obedecen al propósito de indicar símbolos. En ese caso, el personaje central de la obra, Elvira Biersberg, la desterrada de Austria, puede ser el símbolo de su propio país, de cualquier otro pueblo europeo invadido y dominado por una tiranía extranjera, o, quizás mejor, el de la tragedia innumerable de los desterrados. Pero me atrevo a creer que en el teatro de Bernstein juega escaso papel el elemento simbólico.*



CARLOS ESPLA

*Bernstein es un autor hábil, sabio en su oficio, que domina la técnica de la insinuación. Lo que dice no es profundo ni complicado; es real, es humano, tiene vida y verdad, pero está dicho con un arte especial de los pequeños toques, de la palabra que no llega a pronunciarse, de la sugestión, de la impresión fugaz. Por eso creo que Bernstein no ha querido cargar su obra con fantasmas simbólicos. Ha tomado de la vida europea de hace pocos meses el drama de una mujer en el destierro, fugitiva de su país, condenada a una existencia errante, y lo ha plantado en el escenario de la burguesía francesa, dispuesto a la hospitalidad.*

*Elvira, condesa de Siersberg —maravillosa creación de Elvira Popesco—, ha huido de Viena. Su marido ha quedado en un campo de concentración, maltratado por los nazis. Sin pasaporte en regla, amenazada por la expulsión, busca el amparo de un abogado francés —Jean Viroy—, para el cual trae una carta de recomendación. ¡El drama de los papeles en regla! El espectador francés no sabe lo que es eso. Pero centenares de miles de judíos, de austriacos, de checos, de españoles, de italianos, comprenderían la inquietud, la angustia de la dama errante.*

Antes que los medios elementales de existencia, antes que la cama y el plato, el desterrado busca el papel con una firma y un sello de la policía, que le evite caer en la cárcel o en el campo de concentración, el documento que le diga: "puedes vivir aquí". Luego verá si es posible la vida. Pero, primero, es el título para intentar vivir. Sin el abogado Viroy y su amigo el periodista Cornagnin, que logran el papel de la policía, Elvira viviría como tantos miles de desterrados, huyendo, escondiéndose, hasta caer un día en la trampa de los reglamentos, en la red de los decretos, en la ratonera de las comisarías. Terrible lucha con los papeles!

La seducción de Elvira, la atracción de la aventura, su drama obscuro son rápidos reflejos de la vida feliz de Viroy, amante de Claudina, frívola, sensual, femenina. Claudina dejará a Viroy, y cuando éste le contará a Elvira su dolor de amante abandonado, ella le referirá su vida de sufrimientos. Otra fugitiva de Viena acaba de comunicarle la muerte de su marido en el campo de concentración. El contraste entre el pequeño dolor del hombre y el gran dolor de la mujer forma quizás el mejor momento de la obra. Y ambos personajes van juntos a hundir en el torbellino de París sus desgracias diferentes.

Julio de 1939. La guerra dibuja su tremenda amenaza. La extranjera será acaso muy pronto enemiga. Corbagnin, el periodista, le ofrece su nombre —el amor que ocultaba— para librarla del campo de concentración. Elvira renuncia. Lleva la marca de la adversidad. Y tristemente partirá para un nuevo y dramático destierro...

Esta es la obra de Bernstein. Viéndola recordaba yo a aquella muchacha, violinista, creo que austriaca también, que vivió durante unos meses —hasta que estalló la guerra— en un cuarto vecino del mío: en aquel viejo periodista alemán, redactor de un diario demócrata, a quien conocí en Ginebra y que hace meses encontré en el "metro", en París; en aquel compañero, también alemán, republicano, que durante ocho años trabajó en la misma mesa de redacción que yo, en la sala de periodistas de la Bolsa... ¿En qué campo de concentración habrán encontrado a Elvira, condesa de Siersberg? ¿En qué país lejano proseguirá la terrible lucha con los papeles, con el derecho a vivir?

Para ofrecer su "Elvire" a París, Bernstein ha tenido el gesto heroico de restaurar el teatro "des Ambassadeurs". Nevó la noche del estreno. ¿Quién sabe de noche, en este París obscuro, resbalando sobre la nieve endurecida por la helada? La gente venció este pequeño drama de las tinieblas y los resbalones. Bernstein logró un estreno solemne. La primera obra del teatro de guerra tuvo por gran escenario el París de la guerra de 1940, con nieve y sin luz.

CARLOS ESPLA

A.P.C.E.
SIG.: 1.2d/1016